

como una calamidad precursora de males para la monarquía (1). En semejante caso se hacía un holocausto de las víctimas en los altares de la deidad. Este sacrificio era el preludio de la matanza de una gran cantidad de llamas, pertenecientes á los rebaños del Sol, que proporcionaban un banquete no solo para el Inca y su corte, sino también para el pueblo que en estas ocasiones se indemnizaba de la frugalidad á que generalmente estaba condenado. También se colocaba en la mesa real un pan fino hecho con harina de maíz por las vírgenes del Sol, y el Inca presidiendo el banquete, brindaba á la salud de sus principales nobles con grandes libaciones del licor fermentado del país; y las diversiones del día terminaban con bailes y música. El baile y la bebida eran los pasatiempos favoritos de los peruanos. Estas fiestas duraban varios días, aunque los sacrificios terminaban el primero.—Tal era la gran festividad del Raymi; y esta y otras fiestas por este estilo, interrumpían la rutina monótona del trabajo que se imponía á las clases inferiores del pueblo (2).

En la distribución de pan y vino de esta gran festividad los ortodoxos españoles que llegaron primero al país descubrieron una notable analogía con la comunión cristiana (3); así como en la práctica de la confesión y la penitencia, que según parece conocían los peruanos en una forma muy irregular, creyeron ver una coincidencia con otro de los sacramentos de la Iglesia (4). Mucho gustaban los eclesiásticos de aquella época de descubrir estas coincidencias, que consideraban como invenciones de Satanás que trataba por estos medios de engañar á sus víctimas remedando los sagrados ritos del cristianismo (5). Otros, siguiendo diferente camino, creían descubrir en estas analogías las pruebas de que algunos de los primitivos predicadores del Evangelio, quizás un apóstol, habían visitado estas remotas regiones, y esparcido en ellas las semillas de la verdad religiosa (6).

(1) «Vigilemque sacrauerat ignem, Excubias diuina aeternas.»

Plutarco en su vida de Numa describe los instrumentos que usaban los romanos para encender el fuego sagrado, como espejos cóncavos de bronce, aunque no esféricos como los peruanos, sino de forma triangular.

(2) Acosta, lib. V, cap. XXVIII.—Garcilasso, Com. Real, parte I, libro VI, cap. XXIII.

(3) Lo más admirable, según el Padre Acosta, en el odio y presunción de Satanás, es que no solo falsificaba en idolatría y sacrificios, sino también en ciertas ceremonias, los sacramentos instituidos por N. S. J. C. y que usa la Iglesia, habiendo aspirado especialmente á imitar, en cierto modo, el sacramento de la comunión, que es el más divino y el superior á todos. Véase Acosta, lib. V, cap. XXIII.

(4) Herrera, Hist. General, dec. V, lib. IV, cap. IV.—Ondegardo, Rel. prim., MS.

El padre de la mentira quería también remedar el sacramento de la confesión, y en sus idolatrías trataba de que se le honrase con ceremonias, muy parecidas á las que usan los cristianos; todo esto según opinión del Padre Acosta, lib. V, cap. XXV.

(5) Cieza de Leon, no satisfecho con publicar muchas relaciones maravillosas sobre la influencia y aparición de Satanás en persona en las ceremonias de los indios, ha adornado su obra con multitud de viñetas que representan al príncipe de las tinieblas con sus acostumbrados perfiles de rabo, uñas, etc, como para dar más fuerza á las homilias del texto. El peruano creía que su ídolo era un Dios. Su conquistador cristiano creía que este ídolo era un demonio. Difícil es decir cuál de los dos daba pruebas más indudables de grosera superstición.

(6) Piedrahita, el historiador de los Muyscas, está muy convencido de que este apóstol debió ser San Bartolomé, de quien se sabe que viajó mucho. (Conq. de Granada, parte I, lib. I, cap. III.) Los anticuarios mejicanos creen que Santo Tomás fue el encargado de la misión apostólica para el pueblo de Anahuac. Parecería, pues, que estos dos apóstoles se habían repartido entre sí el Nuevo Mundo, á lo menos sus partes civilizadas. Si vinieron por el estrecho de Behring, ó en línea recta atravesando el Atlántico, es cosa que nadie nos dice. Velasco, escritor del siglo XVIII (cosa singular), apenas duda

Pero apenas parece necesario invocar al príncipe de las tinieblas ni la intervención de los santos para explicar coincidencias que han existido en países muy distantes de la luz del cristianismo, y hasta en siglos en que su luz no había aparecido aun al mundo. Más racional es atribuir esas semejanzas casuales á la constitución general del hombre, y á las necesidades de su naturaleza moral (7).

Otra analogía muy extraordinaria con las instituciones del catolicismo, se encuentra en las vírgenes del Sol, las escogidas, como las llamaban (8), y las que ya hemos aludido antes. Estas eran doncellas jóvenes dedicadas al servicio de sus dios, que desde una edad muy tierna se sacaban del seno de sus familias para colocarlas en conventos y bajo la dirección de unas matronas ancianas, á quienes daban el nombre de *mamaconas*, y que habían encanecido entre aquellas paredes (9). Bajo la tutela de estas maestras venerables las santas vírgenes se instruían en la naturaleza de sus deberes religiosos. Ocupábanse en hilar y bordar, y con la finísima lana de la vicuña tegían las colgaduras de los templos y los vestidos del Inca y su familia (10). Pero sobre todo su gran deber consistía en cuidar del fuego sagrado que se había encendido en la festividad del Raymi. Desde el instante en que entraban en el convento, se cortaban todas sus relaciones con el mundo, hasta con los individuos de su familia y sus amigos. Nadie sino el Inca y la coya, ó reina, podían entrar en el recinto sagrado. Cuidábase escrupulosamente de su moralidad, y todos los años se enviaban visitadores á examinar estas instituciones y á dar informes sobre el estado de su disciplina (11). ¡Desdichada la doncella sorprendida en una intriga amorosa! La terrible ley de los Incas había dispuesto que se la enterrase viva, que su amante fuese ahorcado, y que se destruyese el pueblo á que pertenecía, «sembrando con piedras» el terreno que ocupaba, como para borrar hasta la memoria de su existencia (12). Asombra en verdad encontrar analogía tan notable entre las instituciones de los indios americanos, de los romanos antiguos y del católico moderno. La castidad y la pureza son virtudes en la mujer que parecen ser tan apreciadas en los bárbaros como por

que realmente fuesen esos apóstoles á América. Historia de Quito, tomo I, págs. 89—90.

(7) Se ha ilustrado este asunto con algunos ejemplos en la Historia de la conquista de Méjico, tomo III, Apéndice, número 1; ya que los mismos usos en aquel país dieron margen á las mismas aventuradas creencias por parte de los conquistadores.

(8) «Llamábanse Casas de escogidas, porque las escogían, ó por linaje, ó por hermosura.» Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. IV, cap. I.

(9) Ondegardo, Rel. prim., MS.

La voz *mamacona* significa «matrona»; *mama*, la primera parte de esta palabra compuesta, como ya lo hemos dicho, quería decir *madre*. Véase Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. IV, cap. I.

(10) Pedro Pizarro, Desc. y Conq., MS.

(11) Dec. de la Aud. Real, MS.

(12) Balboa, Hist. du Pérou, chap. IX. Fernandez, Historia del Perú, parte II, lib. III, cap. XI.—Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. IV, cap. III.

Según el historiador de los Incas, jamás ocurrió un solo deslíz en la hermandad femenina que hiciese necesaria la aplicación de la terrible pena, aunque, si hubiese sucedido, el soberano, según nos lo asegura, la hubiera aplicado en todo su rigor sin el más leve remordimiento. (Com. Real, parte I, lib. IV, capítulo III.) Otros escritores, al revés sostienen que estas vírgenes no tenían derechos muy claros á la reputación de vestales. (Véase Pedro Pizarro, Desc. y Conq., MS.—Gomara, Hist. de las Ind., cap. CXXI.) Estas acusaciones contra los habitantes de las casas religiosas, sean cristianas ó paganas, son bastante comunes. En este caso se encuentran en absoluta contradicción con el testimonio unánime de casi todos los que tuvieron mejores medios para descubrir la verdad, y parecen especialmente improbables si consideramos el amor supersticioso con que se miraba á los Incas.

los hombres civilizados; sin embargo es muy diferente el objeto final á que se destinaban estos habitantes femeninos de las casas religiosas.

El gran monasterio del Cuzco se componía exclusivamente de doncellas de la sangre real, que ascendían, según se dice, nada menos que á mil y quinientas. En los monasterios provinciales entraban las hijas de los curacas y de los nobles de segundo orden, y algunas veces, cuando se descubría una doncella de gran hermosura personal, las de las ínfimas clases del pueblo (1). Las «casas de las vírgenes del Sol» eran unos edificios bajos de piedra, que cubrían una gran extensión de terreno, y estaban rodeados por paredes muy altas, que impedían enteramente ver á sus moradores. Las vírgenes encontraban en ellos cuanto podían necesitar; y estaban adornados con tanto lujo como los palacios de los Incas y los templos; porque el gobierno les dedicaba una atención muy especial, como á una rueda muy importante de su sistema religioso (2).

Pero la carrera de todos estos habitantes del claustro no terminaba dentro de sus muros. Aunque vírgenes del Sol, eran esposas del Inca, y cuando llegaban á la edad conveniente se escogían las más hermosas para él, y las llevaban á su serrallo. El número de las que aquí residían llegaba con el tiempo no solo á centenares sino á miles, y todas tenían habitación en los palacios que poseía el Inca en toda la extensión del país. Cuando el monarca deseaba disminuir este número, la concubina cuya sociedad no le agradaba ya, volvía, no á su antiguo encierro monástico, sino á su propia casa; donde por humilde que hubiese sido su origen y su condición, se la mantenía con mucho fausto, y lejos de verse deshonrada por sus antecedentes, todos la respetaban como á esposa del Inca (3).

Los nobles de primera clase del Perú podían lo mismo que su soberano, tener muchas mujeres. El hombre del pueblo generalmente, ya fuese por ley, ya por la necesidad que puede más que ella, tenía la dicha de no poseer más que una. El matrimonio se verificaba de una manera que le daba un carácter tan original como el de las demás instituciones del país. En un día señalado del año, todos los que habían llegado á la edad de contraer matrimonio, que, dependiendo de su aptitud para mantener una familia se fijaba en los hombres uada menos que á la edad de veinte y cuatro años, y en las mujeres á la de diez y ocho ó veinte, se reunían en la plaza mayor de sus respectivas ciudades ó pueblos en todo el imperio á la vez. El Inca presidía en persona la reunión de sus propios parientes, y tomando por la mano á las diferentes parejas que iban á unirse, hacía que se la diesen, y declaraba que ya eran marido y mujer. Lo mismo hacían los curacas con los individuos de su clase ó de otras inferiores en sus distritos. Tal era la forma sencilla con que se contraía matrimonio en el Perú. A ninguno se le permitía buscar mujer fuera de la comunidad á que pertenecía, lo que generalmente incluía á toda su parentela (4); ni á nadie se autorizaba fuera del soberano, á que faltase á las leyes de la naturaleza, ó á lo menos á la ley general de las naciones,

(1) Pedro Pizarro, Desc. y Conq., MS.—Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. IV, cap. I.

(2) Ibid., parte I, lib. IV., cap. V.—Cieza de Leon, Crónica, cap. XLIV.

(3) Dec. de la Aud. Real, MS.—Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. IV, cap. IV.—Montesinos, Mem. Antig., MS. libro II, cap. XIX.

(4) Según la letra de la ley, dice Garcilasso, ninguno había de casarse con quien no fuese de su familia. Pero esta ley estrecha tenía una interpretación muy amplia, porque, según el mismo nos asegura, se consideraba á todos los de una misma ciudad, y aun provincia, como parientes. Com. Real, parte I, lib. IV, cap. VIII.

hasta el punto de casarse con su propia hermana (5). Ningun casamiento era válido si se contraía sin consentimiento de los padres, y según se dice, también debía consultarse la inclinación de los contrayentes, aunque considerando los límites que á esta señalaba la edad legal, este derecho debía ser sumamente mezquino. Construíase una habitación para la pareja recién casada á espensas del distrito, y se le entregaba la cantidad de tierra señalada para su mantenimiento. La ley del Perú cuidaba del porvenir lo mismo que de lo presente. No dejaba nada al acaso.—Seguían á la sencilla ceremonia del casamiento fiestas generales entre los parientes de los recién casados, que duraban varios días; y como todos los casamientos se verificaban en un día mismo, y como pocas familias había que no tuviesen un pariente interesado en la ceremonia, se celebraba realmente una fiesta nupcial universal en todo el imperio (6).

Las leyes singulares de los Incas relativas á los matrimonios, son eminentemente características de la índole de su gobierno, que, lejos de ceñirse á los asuntos de público interés, penetraba en los pliegues más íntimos de la vida doméstica, y no permitía á ningún hombre, por humilde que fuese, que obrase por sí aun en aquellos negocios personales en que nadie sino él, ó cuando más su familia, podía estar interesado. Ningun peruano era demasiado bajo para la vigilancia tutelar del gobierno. Ninguno era tan encumbrado que no sintiese que de él dependía en todos los actos de su existencia. Su existencia misma como individuo estaba absorbida en la de la sociedad. Sus esperanzas y sus temores, su gozo y su pesar, las más tiernas simpatías de su naturaleza, las que más naturalmente huyen de la observancia de los otros, todo estaba arreglado por la ley. Ni aun se le permitía ser feliz á su modo. El gobierno de los Incas era el más suave, pero también el más completo de los despotismos.

CAPITULO IV.

Educación.—Quipus.—Astronomía.—Agricultura.—Acueductos.—Güano.—Principales alimentos.

«No es lícito que se enseñen á los hijos de los plebeyos las ciencias que pertenecen á los generosos y no mas; porque como gente baja no se eleven y ensoberbecen y menoscaben y apoquen la república: bástales que aprendan los oficios de sus padres; que el mandar y gobernar no es de plebeyos, que es hacer agravio al oficio y á la república, encomendársela á gente comun (7).» Tal era la máxima favorita que siempre repetía Tupac Inca Yupanqui, uno de los más famosos monarcas peruanos. Extraño parecerá que semejante máxima haya sido proclamada en ninguna época en el Nuevo Mundo, donde las instituciones populares se han establecido después en bases más amplias que las conocidas hasta entonces; donde el gobierno depende enteramente del pueblo; y donde la educación, á lo menos en la gran división del Norte del continente, tiene por objeto principal preparar al pueblo para desempeñar los deberes de la gobernación. Sin embargo, esta máxima se ajustaba perfectamente á la índole de la monarquía peruana, y puede servir de clave á su política habitual;

(5) Fernandez, Hist. del Perú, parte II, libro III, capítulo IX.

Esta costumbre, tan repugnante á nuestros sentimientos, que casi podría considerarse como una violación de la ley natural, no debe sin embargo considerarse como enteramente peculiar á los Incas, ya que la toleraban algunas de las naciones más civilizadas de la antigüedad.

(6) Ondegardo, Rel. seg., MS.—Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. VI, cap. XXXVI.—Dec. de la Aud. Real, MS.—Montesinos, Memorias Antiguas, MS. lib. II, cap. VI.

(7) Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. VIII, cap. VIII.

pues aunque velaba con solicitud incansable por sus súbditos, proveía á todas sus necesidades físicas, cuidaba de su moralidad y manifestaba en todo el interés afectuoso de un padre por sus hijos, sin embargo, no lo consideraba mas que como á niños que nunca habian de salir del estado de pupilaje, ni obrar ni pensar por sí, y cuyos deberes todos se encerraban en la obligación de la obediencia absoluta.

Tal era la condicion humillante del pueblo bajo el cetro de los Incas, mientras que las numerosas familias de la estirpe real disfrutaban de todas las ventajas de aquella educacion que estaba al alcance de la civilizacion del pais; y mucho despues de la conquista, aun se señalaban los lugares en que habian existido los seminarios en que se les educaba. Estos se hallaban al cuidado de los *amautas* ó «sábios» que poseian la escasa cantidad de ciencia, si ciencia podia llamarse, que habia en el Perú, y que eran los únicos maestros de la juventud. Natural era que el monarca se interesase vivamente en la instruccion de los hijos de la nobleza, parientes suyos. Se dice que muchos príncipes peruanos edificaron sus palacios cerca de las escuelas, á fin de poderlos visitar mas fácilmente y escuchar las lecciones de los *amautas*, á que algunas veces daban mas autoridad comentándolas con un discurso propio (1). En estas escuelas se comunicaban á los reales pupilos todos los conocimientos que sus maestros tenian, acomodándolos al rango que habian de ocupar durante su vida. Estudiaban las leyes y los principios de administracion de un gobierno en que muchos de ellos habian de tomar parte. Se les iniciaba en los ritos peculiares de su religion, mas necesarios para aquellos que habian de desempeñar los deberes sacerdotales. Tambien aprendian á emular las hazañas de sus régios antecesores, escuchando las crónicas compiladas por los *amautas*. Se les enseñaba á hablar su idioma con elegancia y pureza, y aprendian la misteriosa ciencia del quipus, que era el vehículo de que se servian los peruanos para comunicarse sus ideas y para trasmitirlas á las futuras generaciones (2).

El quipus era una cuerda como de dos pies de largo, compuesta de hilos de diferentes colores fuertemente retorcidos y entrelazados, de la cual salia una multitud de hilos mas pequeños en forma de franja. Los hilos eran de diferentes colores y habia en ellos muchos nudos; y efectivamente la palabra *quipu* significa nudo. Los colores representaban objetos tangibles; así, por ejemplo, *blanco* significaba *plata*, y *amarillo*, *oro*. Tambien indicaban algunas veces ideas abstractas; así *blanco*, queria decir *paz*, y *rojo*, *guerra*. Pero los quipus se usaban principalmente para cálculos aritméticos. Los nudos servian de números y se podian combinar de manera que representasen cualquier cantidad que se quisiese. Por medio de ellos hacian sus cálculos con mucha rapidez, y los primeros españoles que fueron á aquel pais atestiguan la exactitud de estos (3).

En cada distrito habia empleados á quienes llamaban *quipucamayus* ó «conservadores de los quipus,» cuya obligacion consistia en dar noticias al gobierno sobre varios asuntos importantes. Uno estaba encargado de las rentas, y daba parte al gobierno de la cantidad de materias primeras que se distribuian entre los trabajadores, la calidad y cantidad de los tejidos que con ellas se hacian, y la suma de provi-

(1) Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. VII, cap. X.

El descendiente de los Incas habla de los restos, que aun se veian en su tiempo, de dos palacios de sus régios progenitores, que habian sido contruidos cerca de las escuelas, para que fuese mas fácil ir á ellas.

(2) Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. IV, cap. XIX.

(3) Conq. y Pob. del Pirú, MS.—Sarmiento, Relacion, MS., cap. IX.—Acosta, lib. VI, cap. VIII.—Garcilasso, parte I, lib. VI, cap. VIII.

siones de diferente clase entregadas á los almacenes reales. Otro enviaba la estadística de los nacimientos y muertes, de los casamientos, del número de los que se hallaban en estado de servir en el ejército, y otros pormenores de esta clase relativos á la poblacion del reino. Estos informes se remitian anualmente á la capital, donde se sometian á la inspeccion de otros empleados que entendian el arte de descifrar estos misteriosos escritos. Así adquiria el gobierno una vasta coleccion de datos estadísticos preciosos; y las cuerdas de variados colores, reunidas y cuidadosamente conservadas, constituian lo que bien podríamos llamar los archivos nacionales (4).

Pero aunque los quipus bastaban para todas las necesidades aritméticas de los peruanos, no podian representar la multitud de ideas é imágenes que espresa la escritura. Sin embargo, aun para esto la invencion no dejaba de tener su uso; porque, ademas de la representacion directa de objetos sencillos y aun de ideas abstractas dentro de un corto límite, como ya hemos dicho, era un poderoso auxilio para la memoria por medio de la asociacion. El nudo ó el color peculiar indicaba de este modo lo que no podia representar, de la misma manera, como dice un antiguo escritor, que el número del mandamiento recuerda el mandamiento mismo. Así usado el quipu, podia considerarse como el sistema mnemónico de los peruanos.

Habia cronistas nombrados en cada una de las provincias principales, cuyo deber era consignar los hechos mas importantes que en ellas ocurrian. A otros funcionarios de mas elevado carácter, que eran generalmente los *amautas*, se les encargaba la redaccion de la historia del imperio y de las grandes hazañas del Inca reinante ó de sus antecesores (5). Arreglada de este modo la narracion, solo podia trasmitirse por medio de la tradicion oral; pero los quipus servian al cronista para arreglar metódicamente los sucesos y para refrescar su memoria. Una vez confiada á esta historia, se grababa en ella de una manera indeleble por medio de la frecuente repetición. El *amauta* se la repetia á sus discípulos; y de este modo la historia, en parte por la tradicion oral y en parte por medio de signos arbitrarios, fue trasmitida de generacion en generacion con bastante variedad en los pormenores, pero con un aspecto general de verdad en el todo.

Indudablemente los quipus peruanos suplian de una manera insuficiente y pobre al admirable mecanismo del alfabeto, que empleando unos pocos caracteres sencillos para representar sonidos en lugar de ideas, puede trasmitir las modificaciones mas delicadas del pensamiento del hombre. La invencion peruana era muy inferior á la de los geroglíficos, y aun á la de la grosera escritura de dibujos de los aztecas; porque este último arte, aunque incapaz de trasmitir ideas abstractas, podia retratar los objetos con bastante exactitud. Prueba evidente de la absoluta ignorancia en que vivian una de otra las dos naciones, es

(4) Ondegardo manifiesta el asombro que le causa la variedad de objetos que abrazaba este sencillo sistema, apenas creible, segun dice, para el que no lo hubiese visto. «En aquella ciudad se hallaron muchos viejos oficiales antiguos del Inca, así de la religion como del gobierno, y otra cosa que no pudiera creer si no la viera, que por hilos y nudos se hallan figuradas las leyes y estatutos, así de lo uno como de lo otro, y las sucesiones de los reyes y tiempo que gobernaron: y hallóse lo que todo esto tenia á su que cargo no fue poco, y aun túbe alguna claridad de los estatutos que en tiempo de cada uno se habian puesto.» (Rel. prim., MS.,—Véase tambien Sarmiento, Relacion, MS., cap. IX.—Acosta, lib. VI, capitulo VIII.—Garcilasso, parte I, lib. VI, cap. VIII—IX). Aun se encuentra en algunas partes del Perú un vestigio de los quipus, y hay pastores que llevan la cuenta de sus numerosos rebaños por medio de esta antigua aritmética.

(5) Rel. prim., MS., ubi supra.

que no adoptase la peruana la mas leve parte del sistema geroglífico de los mejicanos, y esto á pesar de que la existencia de la planta del maguey (*agave*) en la América del Sur, podria haberle proporcionado el mismo material que usaban los aztecas para construir sus mapas (1).

Es imposible contemplar sin gran interés los esfuerzos hechos por diferentes naciones, al salir de la barbarie, para proporcionarse algun símbolo visible del pensamiento, ese misterioso agente por medio del cual la inteligencia del individuo puede ponerse en contacto y comunicacion con las de la sociedad entera. La falta de semejante simbolo es el mayor obstáculo que puede oponerse al progreso de la civilizacion, porque ¿qué otra cosa es sino encerrar el pensamiento, que tiene los elementos de la inmortalidad, en el seno de su autor, ó en el del pequeño círculo que está en contacto con él, en lugar de lanzarlo al mundo para que dé luz á millares de seres humanos, y á las generaciones que aun están por nacer? No solo es semejante simbolo un elemento esencial de la civilizacion, sino que debe considerarse como la prueba de que esa civilizacion existe; porque los adelantos intelectuales de un pueblo están al nivel de las facilidades de comunicacion intelectual que posea.

Sin embargo, no debemos rebajar el verdadero valor del sistema peruano; ni suponer que el quipu era un instrumento torpe en manos de un indigena práctico, como lo seria en las nuestras. Conocemos los efectos del hábito en todas las operaciones mecánicas, y los españoles dan repetidos testimonios de la destreza y exactitud que en esta desplegaban los peruanos. Su destreza no es mas notable que la facilidad con que el hábito nos permite enterarnos del contenido de una página impresa, que comprende millares de caracteres separados, y como si fuera con una sola ojeada, aunque el ojo tiene que reconocer cada letra por sí, y esto sin interrumpir la cadena de los pensamientos que existe en el ánimo del lector. No debemos despreciar la invencion del quipu si reflexionamos que proporcionaba los medios de calcular que exigian los negocios de una gran nacion, y que, por insuficiente que fuese, era un instrumento que no auxilió poco á los que aspiraban al lauro de la literatura.

El deber de compilar los anales del pais no se confiaba esclusivamente á los *amautas*; una parte de él correspondia á los *haravecs*, ó poetas, que escogian los asuntos mas brillantes para sus canciones, compuestas para que se cantasen en las fiestas reales y en la mesa del Inca (2). De este modo se formó una coleccion de poesia tradicional, como la de las baladas inglesas y los romances castellanos, por cuyo medio los nombres de muchos gefes bárbaros, que hubieran perecido por falta de un cronista, han sido trasmitidos en alas de una rústica melodía á las generaciones posteriores.

Sin embargo, es lícito creer que la historia no gana mucho en su alianza con la poesía; porque los dominios del poeta se estienden á una region ideal poblada con las fantásticas formas de la imaginacion

(1) Rel. prim., MS., ubi supra.—Dec. de la Aud. Real, MS.—Sarmiento, MS., cap. IX.

Sin embargo, debemos confesar que los quipus se asemejan algo á las fajas de cuentas de color ensartadas que usan las tribus de la América del Norte para recordar los tratados y para otros objetos.

(2) Dec. de la Aud. Real, MS.—Garcilasso, Com. Real parte I, lib. II, cap. XXVII.

La palabra *haravec* significa «inventor» ó «descubridor,» y tanto por su título como por su empleo, el trovador-poeta nos recuerda al *trouvére* normando. Garcilasso ha traducido una de las ligeras composiciones líricas de sus compatriotas. Es ligera y fácil, pero una muestra sola no es base suficiente para fundar un exámen crítico general.

que se parecen poco á las severas realidades de la vida. Los anales peruanos manifiestan síntomas de los efectos de esta union, pues que están cubiertos con un velo de circunstancias maravillosas hasta el último período, que estendiéndose ante el lector como una neblina, hace difícil el distinguir los hechos de la ficcion.

El poeta encontraba un instrumento muy útil para sus fines en el hermoso dialecto quichua. Ya hemos visto las singulares medidas que los Incas adoptaban para propagar su idioma por todo el imperio. Naturalizado de este modo en las provincias mas remotas, se enriquecia con muchas palabras y locuciones exóticas que, bajo el influjo cortesano y el cultivo poético, si así me es lícito llamarlo, se amalgamaban gradualmente, como un mosaico acabado compuesto de materiales groseros y heterogéneos, hasta formar un todo armonioso. El quichua llegó á ser el mas comprensivo y mas variado, así como el mas elegante, de los dialectos de la América del Sur (3).

Ademas de las composiciones de que hemos hablado, se dice que los peruanos manifestaban alguna disposicion para las representaciones teatrales, y no esas estériles pantomimas que no recrean mas que la vista, y que han servido de pasatiempo á mas de una nacion bárbara. Las piezas peruanas aspiraban á los honores de la composicion dramática, sostenidas por los caracteres y el diálogo, y fundadas algunas veces en argumentos de interés trágico, y otras en los que por su carácter ligero y social corresponden á la comedia (4). En el día no tenemos medios para juzgar de la ejecucion de estas piezas. Probablemente seria bastante grosera, como correspondia á un pueblo que no se habia formado aun; pero sea lo que fuere la ejecucion, el haber simplemente concebido la idea de una diversion de esta clase es ya una prueba de cultura que distingue de una manera honrosa á los peruanos de las demas razas americanas, que no conocian mas pasatiempo que la guerra, ó las diversiones feroces que reflejan su imagen.

El carácter intelectual de los peruanos parece haberse inclinado mas bien hácia la cultura que á esas cualidades superiores que aseguran el buen éxito en los senderos mas ásperos de la ciencia. En esto se quedaban muy atras de algunas otras de las naciones semi-civilizadas del Nuevo-Mundo. Sabian algo de geometría, en lo que tocaba á su propio territorio, que ciertamente era muy estenso; y construian mapas con líneas protuberantes para indicar los límites y las localidades, que tenian alguna analogia con los que antes se usaban para los ciegos. En la astronomía parecen haber hecho pocos adelantos. Dividian el año en doce meses lunares, cada uno de los cuales tenia su nombre propio, y se distinguia por una festividad correspondiente (5). Tambien tenian se-

(3) Ondegardo, Rel. prim., MS.

Sarmiento se lamenta con justicia de que los españoles hubiesen dejado caer en desuso este dialecto, que tan útil les hubiera sido en sus relaciones con las variadas tribus del imperio. «Y con tanto digo que fue harto beneficio para los españoles haber esta lengua, pues podian con ella andar por todas partes, en algunas de las cuales ya se va perdiendo.» Rel., MS., cap. XXI.

Segun Velasco, los Incas, al llegar á Quito con sus legiones conquistadoras, se sorprendieron al descubrir que allí se hablaba el dialecto quichua, aunque era desconocido en una gran parte de la region intermedia; hecho singular si es cierto. (Hist. de Quito, tom. I, p. 183.) El autor, natural del pais, tuvo medios de adquirir noticias muy curiosas, y en su interesante obra establece una íntima analogia entre la ciencia y las instituciones sociales de los pueblos de Quito y del Perú. Sin embargo, se nota en ella el afán de dar siempre la primacia á su propio pais, y aventura á veces observaciones y hechos con una confianza no muy á propósito para conseguir la de sus lectores.

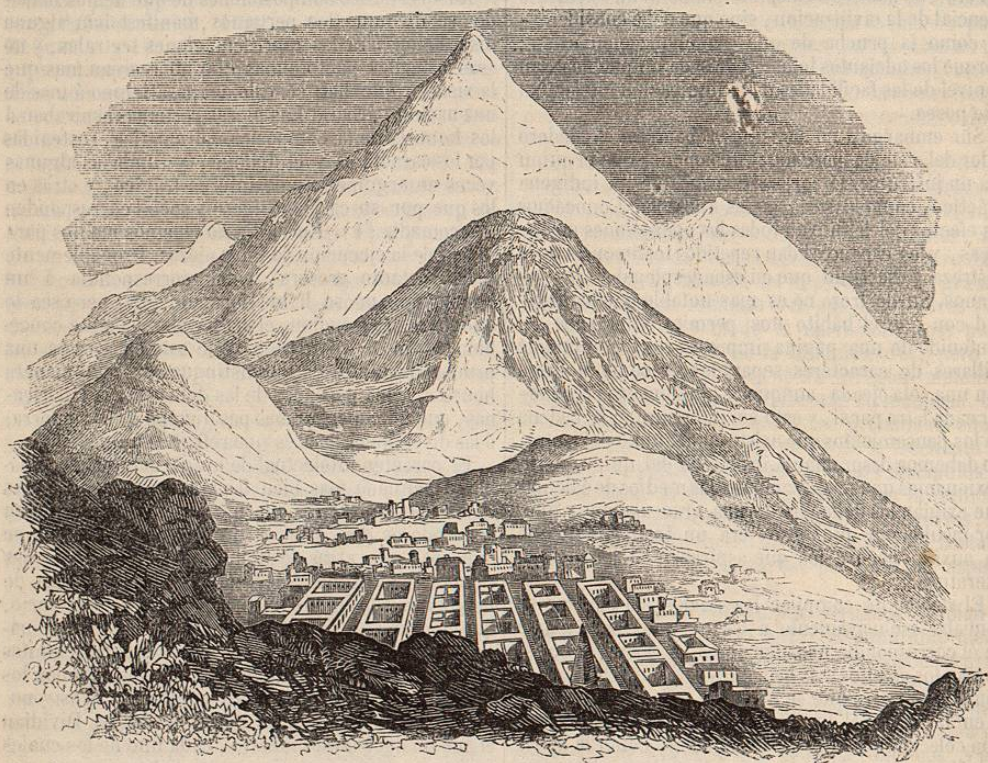
(4) Garcilasso, Com. Real, ubi supra.

(5) Ondegardo, Rel. prim., MS.

manas, pero no se sabe á punto fijo su estension, y si se componian de siete, nueve ó diez dias. Como su año lunar tenia necesariamente que ser menor que el tiempo verdadero, rectificaban su calendario por medio de observaciones solares hechas con muchas columnas cilindricas que habian construido en los terrenos elevados que rodean al Cuzco, y que les servian para tomar el azimut; y midiendo su sombra, descubrian el período exacto de los solsticios. Determinaban el período de los equinoccios por medio de una sola columna ó gnomon, colocado en el centro de un círculo descrito en la área del gran templo, y atravesado por un diámetro tirado de Este á Oeste. Cuando las sombras eran apenas visibles bajo los rayos del sol de medio día, decian que «el Dios se apoyaba con toda su luz sobre la columna (1).» Quito, colocada exactamente en el Ecuador donde los rayos verticales del sol no dan sombra alguna á me-

dio día, era un objeto especial de veneracion, como mansion favorita de la gran deidad. El período de los equinoccios se celebraba con fiestas públicas. La columna estaba coronada con la silla de oro del Sol, y tanto en aquellas épocas como en los solsticios, se colgaban guirnaldas en las columnas y se ofrecian flores y frutas, mientras que se observaba una gran fiesta en todo el imperio. Por estos períodos arreglaban los peruanos sus ritos religiosos y su ceremonial, y señalaban la clase de trabajos en que habia de ocuparse la agricultura. El año empezaba con el solsticio de invierno (2).

Esta escasa relacion abraza casi todo lo que sabemos de la astronomía peruana. Parecerá extraño que una nacion que habia llevado sus observaciones hasta este punto no pasase mas adelante; y que á pesar de sus progresos generales en la civilización, se hubiese quedado en esta ciencia tan lejos, no solamente de



Vista del cerro de Potosí.

los mejicanos, sino de los muyscas, que ocupaban las mismas regiones elevadas de la gran llanura del Sur que ellos. Estos arreglaban su calendario segun

Fernandez, que se separa de casi todos los demas autores en cuanto á fijar en junio el principio del año, da los nombres de los diferentes meses con sus correspondientes ocupaciones. Hist. del Perú, parte II, lib. III, cap. X.

(1) Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. II, cap. XXII—XXVI.

Los conquistadores españoles destruyeron estas columnas, porque indicaban la idolatria de los indios. ¿A quién correspondia mejor el nombre de bárbaros?

(2) Betanzos, Nar. de los Incas, MS., cap. XVI.—Sarmiento, Rel., MS., XXIII.—Acosta, lib. IV, cap. III.

El gnomon mas célebre de Europa, el que está en el domo de la iglesia metropolitana de Florencia, fue construido por el famoso Toscanelli, con el objeto de terminar los solsticios y

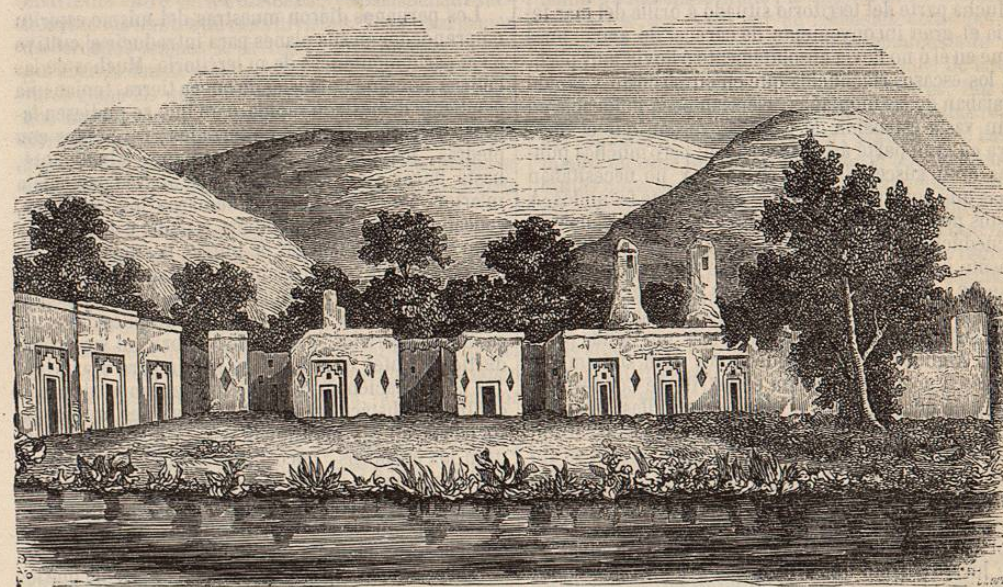
el mismo plan de ciclos y series periódicas que los aztecas, acercándose aun mas al sistema seguido por los pueblos del Asia (3).

arreglar las festividades de la Iglesia hácia el año de 1468, quizás poco mas ó menos en la época en que el indio americano hizo un instrumento astronómico análogo. Véase Tiraboschi. Historia de la Letteratura Italiana, tom. VI, lib. II, sec. XXXVIII.

(3) Una noticia muy escasa de este pueblo interesante, aunque quizás tan completa como lo permitian los datos, fue publicada por Piedrahita, obispo de Panamá, en los dos primeros libros de su Historia General de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada. (Madrid, 1688.) M. de Humboldt tuvo la dicha de conseguir un manuscrito, compuesto por un eclesiástico español residente en Santa Fé de Bogotá, relativo al calendario Muysca, de que el filósofo prusiano ha dado un amplio y luminoso análisis. Vues des Cordillères, p. 244.

Deberia haberse esperado que los Incas, que se enorgullecian con el título de hijos del Sol, hubiesen hecho un estudio particular de los fenómenos astronómicos, y un calendario fundado en principios tan científicos como el de sus semi-civilizados vecinos. Es verdad que un historiador nos asegura que reunian sus años en ciclos de diez, ciento y mil, y que á estos ciclos arreglaban su cronología (1). Pero este aserto, que en sí no es improbable, des- cansa en el testimonio de un escritor de poco crite-

rio, y milita contra él el silencio de historiadores anteriores y mas atendidos, como igualmente la falta de todo monumento, como los que se han encontrado entre otras naciones americanas, que pruebe la existencia de semejante calendario. La inferioridad de los peruanos podrá quizás esplicarse hasta cierto punto, por el hecho de que su sacerdocio se componia de individuos del cuerpo Inca, órden de nobleza privilegiada que no necesitaba rodearse de una superioridad de saber para escudarse contra las invasiones del



Runas de otro Templo de los Incas en el lago de Titicaca.

vulgo. La pequeña parte de verdadera ciencia que poseia el sacerdote azteca, le servia de clave para revelar los misterios celestes, y el falso sistema de astrología que en estas bases fundaba, lo hacia aparecer como un ser superior, que tenia algo de divino en su naturaleza. Pero el Inca noble era divino de nacimiento; el estudio ilusorio de la astrología, tan seductor para las inteligencias que aun no están ilustradas, no ocupaba su atencion; las únicas personas que en el Perú asumian el poder de escudriñar los misterios del porvenir, eran los adivinos, hombres que combinando con sus pretensiones alguna destreza en el arte de curar, se asemejaban á los hechiceros que se han encontrado entre tantas tribus indias. Pero esta ocupacion era poco apreciada, escepto entre las clases inferiores, y generalmente se abandonaba á los que por su edad ó sus achaques no podian dedicarse al verdadero trabajo (2).

(1) Montesinos, Mem. Antiguas, MS., cap. VII.

«Renovó la computacion de los tiempos, que se iba perdiendo, y se contaron en su reinado los años por 565 dias y seis horas; á los años añadió décadas de diez años, á cada diez décadas una centuria de cien años y á cada diez centurias una capachoata ó jutiphuacau, que son mil años, que quiere decir el grande año del Sol; así contaban los siglos y los sucesos memorables de sus reyes.» Ibid, loc. cit.

(2) «Ansi mismo les hicieron señalar gente para hechiceros, que tambien es entre ellos oficio público y conocido en todos.... los diputados para ello no lo tenían por trabajo, porque ninguno podia tener semejante oficio como los dichos

Los peruanos conocian una ó dos constelaciones, y observaban los movimientos del planeta Venus, al cual, como ya hemos visto, consagraban altares. Pero prueba de su ignorancia de los principios elementales de la ciencia astronómica son sus ideas sobre los eclipses, que indicaban, segun ellos, una gran alteracion en el planeta, y cuando la luna se hallaba sometida á una de estas misteriosas enfermedades, tocaban sus instrumentos, y agitaban el aire con sus gritos y lamentos para sacarla de su letargo. Estas ideas pueriles forman un contraste muy notable con el verdadero saber que poseian los mejicanos, como lo prueban sus mapas geroglíficos, en que se descubre con toda claridad la verdadera causa de este fenómeno (3).

Pero si no supieron explorar tan bien los cielos, debe confesarse que los Incas sobrepujaron á todas otras razas americanas, en su dominio de la tierra. Su agricultura se fundaba en principios que realmente pueden llamarse científicos. Era la base de sus instituciones políticas. No teniendo comercio exterior, la agricultura era la que les facilitaba elementos para los cambios interiores, para su subsistencia y para sus rentas públicas. Ya hemos visto sus extraordinarias

si no fuesen viejos ó viejas, y personas inhábiles para trabajar, como mancos, cojos ó contrechos, y gente así á quien faltaba las fuerzas para ello.» Ondegardo, Rel. seg., MS.

(3) Véase Codex Tel.-Remensis, parte IV, pl. XXII, ap. Antigüedades de Méjico, tomo I. (Londres, 1829.)